

EL PRIMER Y ÚLTIMO VIAJE DE CURRO MONTOYA

Curro Montoya, de los Montoya de toda la vida, gitano de cuarenta y dos eneros, nunca había salido de Granada. Y no por falta de vehículo, que Curro tenía una DKW con la que recogía chatarra, si no porque cuando se alejaba a una distancia de más de veinte minutos en furgoneta del Sacromonte el miedo se le agarraba a la tripa y tenía que volver a casa. Pero hoy, Curro Montoya, de los Montoya de toda la vida, como un nuevo Amadis de Gaula, había emprendido un viaje para localizar a la única persona que podía ayudarle a cumplir una promesa: no volver a fumar nunca. Tras dos horas largas de carretera, con un susto que aumentaba según pasaban los kilómetros, había llegado a su destino, el Jolibú, un club de alterne situado en un desvío de la carretera de Jerez a Ronda, y donde le habían dicho que una tal Remedios aplicaba una terapia infalible con los problemas del tabaco. Sin salir de la furgoneta miró las luces de neón y escuchó la extraña música que escapaba por las rejillas del aire acondicionado, que a veces le sonaba a rock y a veces a flamenco, y que en nada se parecía a los cantos de sirena que escuchó Ulises cuando navegó junto a la Isla de las Sirenas después de abandonar a Circe. De buena gana hubiera echado un cigarrillo con el que calmar los nervios.

La historia del viaje de Curro había empezado meses atrás con un juramento ante la Virgen de la Angustias, donde de rodillas, besando la medalla del tamaño de un polvorón que llevaba colgada al cuello, impostó la voz para decir: "*Virgencita, juro que si la niña me aprueba las oposiciones al ayuntamiento, dejo de fumar*", voto que sonaba casi a buena voluntad porque estaba convencido de que la niña no sacaría plaza. Pero mira por donde, la niña, el zorollo de niña que no daba pie con bola en cuestión de estudios, la que creía que *concejal* era una persona que daba *concejos*, la que pensaba que pi no era un número sino un silbato, aprobó el primer examen, aprobó el segundo e incluso mejoró nota en el tercero. Con el milagro obrado y el juramento en pie, a Curro no le quedó más remedio que ir a las orillas del Darro y tirar el paquete de Marlboro al río. Lo hizo con toda la dignidad que pudo pero con menos ganas que Oliver Twist cuando le llevaron de aprendiz a la tienda de pompas fúnebres del Sr. Sowerberry. El

paquete se meció unos instantes en las aguas grises y se alejó flotando como uno de los barquitos de madera que Tom Sayer tiraba al Mississippi. Una auténtica lástima desperdiciar un tabaco que era contrabando del bueno.

Fue deshacerse del paquete y empezar los problemas, porque si el primer día sin fumar fue malo, el segundo fue peor, y el tercero le llevó a proferir una serie de quejidos y lamentos que en su voz sonaron a palo de soleares. Tan perjudicado andaba que, igual que si fuera Allan Quatermain en Las Minas del Rey Salomón, se echó a la calle en busca de una farmacia de tesoros homeopáticos donde pertrecharse de lo todo necesario para luchar contra la ansiedad. Compró una caja de chicles de nicotina, otra de parches, también de nicotina, y dos bolsas de caramelos ecológicos que era lo último que habían sacado al mercado. Pero ninguno de los específicos le sirvieron de mucho: los chicles porque se le pegaban a la muela de oro, los parches porque le irritaban la piel y los caramelitos porque le dejaban un sabor a hierbabuena de laboratorio que para quitárselo tenía que enjuagarse la boca con cerveza. Y un hombre como él, un hombre de camisa negra, pantalón negro y zapatos de charol de luto, no podía ir por el Sacromonte oliendo a herbolario.

Si malos fueron los días, malas también fueron las noches, que las tres primeras las pasó sin pegar ojo, y que aunque solo fueron tres le parecieron mil y una, como las de Sherezade, en las que también inventó todo tipo de historias, en su caso para olvidar el tabaco.

Era tal su desesperación, que tras un intento fallido por fumarse el trozo de canela en rama que había sobre un arroz con leche, Curro estuvo a punto de caer en una locura similar a la del Quijote. Locura que aunque fuera de origen distinto, la del hidalgo por exceso de libros y la suya por falta de nicotina, se asemejaba al convertirlo en otro *loco entreverado de lúcidos intervalos*. Y mal le hubiera ido de no haberse encontrado aquella tarde a Falito, otro gitano dedicado a la chatarra, que estaba en un bar del Albaicín sumergido entre tantos vermús que de haber sido el Capitán Nemo estaría navegando el Nautilus sin problema. A Curro le sorprendió ver que Falito no llevaba en la boca el puro *Montecristo* que siempre le colgaba del labio inferior. Se abrazaron, se palmotearon las espaldas y después interesarse por familia y negocios, Curró le preguntó porqué no llevaba el puro en la boca.

- Por culpa de un enfisema pulmonar -se lamentó Falito-. Uno de esos que son tan graves que los ponen de ejemplo en la Universidad. El médico me dio dos opciones: o dejaba de fumar o me iba comprando una parcela en el cementerio de San José.

- Esa finca tiene muchas flores -puntualizó Curro-, pero mejor no ser residente. Supongo que dejar el *Montecristo*, y no me refiero al libro de Dumas sino al puro, te habrá costado lo suyo, porque yo llevo cuatro días sin Marlboro y me estoy volviendo loco.

- Créeme si te digo que ha estado a punto de costarme una vida. Y no la mía, la de mi mujer, que si no la maté fue porque se marchó a vivir a casa de su madre hasta que conseguí dejarlo.

- ¿Y cómo lo hiciste? -quiso saber Curro.

- Con terapia. Me aplicaron una donde lo pasé tan mal que por no repetirla no he vuelto a fumar. Y no me preguntes que me hicieron que no voy a decir palabra.

Mucho tuvo que insistir Curro para que Falito se lo dijera. Al principio se negó, y aunque a Curro se le pasó por la cabeza hacerle confesar con medios parecidos a los que los tártaros habían utilizado con Miguel Strogoff, el correo del zar, pensó que en su caso le daría mejor resultado invitarle a todo el vermú que quisiera. Seis rondas más tarde Falito balbuceaba los nombres de Remedios y Jolibú, acompañados de una advertencia.

- Escucha Curro, tú eres un Montoya, de los Montoya de toda la vida, pero yo soy un Carmona, de los Carmona de *antes de toda la vida*. Cuando tus tatarabuelos llegaron al Sacromonte los míos ya estaban esperándoles con el puchero al fuego. Si te digo que en la terapia se pasa mal, es porque se pasa mal de verdad.

- No me importa -aseguró Curro-. Como si tengo que pasarlo peor que Viernes en manos de los caníbales antes de que lo rescatara Robinson Crusoe.

Falito le miró a los ojos, se mordió el labio donde siempre había colgado un *Montecristo* y le escribió en una servilleta el kilómetro de la carretera de Jerez a Rota donde estaba el desvío al Jolibú. Curro sintió tembladeras al pensar en la distancia, nunca había salido de Granada, pero trató de animarse imaginando que aquel viaje sería como el de Gulliver sin saber qué encontraría al final: Liliput, Brodingnag o Balnibarbi. Llenó el depósito de la DKW y se lanzó a la aventura.

Y ahí estaba ahora, aparcado frente al Jolibú, armado de valor igual Ivanhoe antes de empezar un torneo, aunque con chaqueta de fieltro en vez de no armadura, pero dispuesto a buscar a la tal Remedios. Salió de la furgoneta, y a falta de escudo con el que protegerse se santiguó tres veces y rezó tres avemarías. Entró tan despacio como si lo hiciera en el armario que daba paso al mundo mágico de las Crónicas de Narnia.

El Jolibú era un club de alterne anclado en los años sesenta. Al estar cerca de la base norteamericana había nacido como bar de carretera para atender los apetitos carnales de los militares. La dueña, la Sra. Remedios, cupletista de ferias venida a menos, lo había decorado derrochando la misma fantasía que L. Frank Baum en El Mago de Oz tratando de confraternizar lo andaluz y lo yankee, y de ahí que si en una pared colgaba una foto de la Giralda, en la de enfrente estaba la del Empire State; si en otra se podía ver la de Camarón, en la de más allá estaba la de Sinatra. Aunque ninguna tan aplaudida como la de Louis Armstrong o la de Antonio Machín, quizá porque la mayoría de los clientes eran negros. La música también sonaba doble, y mientras por el altavoz de un equipo se escuchaba flamenco, por el de otro, jazz. Después de años de gloria, cuando los norteamericanos dejaron de frecuentar el Jolibú, la Sr. Remedios lo mantuvo abierto diversificando el negocio entre las señoritas de alterne y su terapia particular para dejar de fumar.

Curro tardó poco tiempo en acomodarse al local, mucho menos que Phileas Fogg a su regreso a Londres cuando creyó que había perdido la apuesta de dar la vuelta al mundo en ochenta días, y es que su testosterona le había alertado de la presencia de dos mulatas situadas detrás de la barra. Si había algo en este mundo que a Curro le gustaba tanto como el tabaco era el color de piel una mulata. Las miró de forma alternativa y les preguntó cuál era Remedios. Las mulatas contestaron que ninguna, que la Sra. Remedios estaba en su cuarto, subiendo un piso y entrando por el pasillo. Él hubiera preferido quedarse allí, pero tampoco Indiana Jones se entretenía con mujeres cuando tenía alguna misión que cumplir. Fue hacia el pasillo, que tenía habitaciones a ambos lados, y donde sobre cada puerta podía leerse el nombre de una ciudad. Igual que con las fotos y la música, las ciudades también se mezclaban: Sevilla estaba al lado de Nueva York, Jaén nada más pasar Boston y Málaga después de Las Vegas. En apenas un minuto, Curro viajó más que los protagonistas de Cinco Semanas en Globo, aunque en vez de atravesar África de este a oeste, saltando de Europa a América, y de América a Europa. Miró las puertas, y sintió las mismas dudas que Alicia por no saber cuál llevaba al País de las Maravillas. La última no tenía nombre de ciudad, solo un cartel rotulado a mano y pegado con cinta adhesiva donde se podía leer:

SRA. REMEDIOS

Terapia para dejar de fumar

Entró sin llamar. Un quinqué eléctrico iluminaba con pereza la habitación, y el olor a tabaco era tan rabioso que parecía estar agarrado a las paredes y a la tela de las cortinas como un residente a pensión completa.

- ¿Es usted Remedios? -preguntó Curro-.

- La misma -respondió la mujer-.

- Vengo por lo de la terapia.

- Siéntese.

Curro se sentó y miró a la mujer. No se parecía en nada a las mulatas de la barra. La Sra. Remedios andaba tan sobrada en carnes que hubiera sido fácil atribuirle algún parentesco con Moby Dick, e incluso hubiera puesto en apuros al marinero Ismael, protagonista de la historia, que de haberla visto en los mares de Nueva Inglaterra hubiera tenido dudas de a quién lanzar el arpón. Además, desparramaba las piernas sobre dos sillas de enea lo que le hacía parecer todavía más grande. Abrió un cajón, sacó un papel y se lo tendió a Curro. El documento indicaba el importe exacto de la terapia y la renuncia a cualquier reclamación. A Curro le pareció caro, pero firmó, que todo dinero era poco si con ello cumplía su promesa. La mujer guardó el papel, y encendió un cigarrillo. *"Sabrá mucho de terapias -pensó Curro-, pero esto de fumar delante de alguien que intenta dejarlo no me parece lo más correcto"*. Remedios lo apuró hasta casi quemarse los dedos. De inmediato encendió otro. Como no decía nada, Curro la miró con más detenimiento: tenía las uñas negras, los dedos tiznados por la nicotina, la piel cuarteada, con un color mezcla de azafrán y cecina. No era fácil calcular su edad, pero pasaba de los setenta, incluso podía llegar a los ochenta, a lo que había que sumar los estragos del tabaco que la avejentaban más todavía.... Y andaba Curro en estas divagaciones, extrañas y confusas como las de un caballero de la Tabla Redonda que al entrar en una cueva en vez de encontrarse con el Santo Grial se hubiera encontrado con un dragón de dos cabezas, cuando oyó como la Sra. Remedios chascaba la dentadura postiza y la removía en la boca. Luego fue hacia él, y sin darle tiempo a reaccionar, se remangó la falda y se colocó a horcajadas sobre sus piernas pasándole los brazos por detrás del cuello. Curro intentó quitársela de encima pero no pudo. Pesaba demasiado. Aunque peor que no moverse era el olor que desprendía, y que apestaba a rancio, a tabaco barato, y cenicero lleno de colillas. La fetidez le revolvió el estómago del mismo modo que cuando se alejaba demasiado del centro de Granada.

- A partir de hoy no volverás a fumar nunca -dijo la Sra. Remedios-. Cada vez que pienses hacerlo te acordarás de esto.

Y fue ese momento, justo en ese momento, cuando ella le entregó su boca, y cuando, con la ayuda de la lengua, le empujó la saliva con nicotina de los miles de cigarrillos que había fumado durante toda su vida. Curro abrió los ojos hasta la exageración, los cerró de inmediato y se desmayó. Acababa de recibir la terapia al completo. Ni siquiera Hércules con sus doce trabajos había sufrido tanto.

*

Ya había amanecido cuando recobró el conocimiento. El Jolibú estaba cerrado y un perro olisqueaba la puerta. A Curro le habían sacado del local, y lo último que recordaba era a la Sra. Remedios sentada encima de él besándole con fuerza. Luego ya no había más registros en su memoria, o si los había no quería recuperarlos. Desconocía quien le había llevado a la furgoneta y quién le había sentado. Tampoco le importaba saberlo. Ni siquiera le tranquilizaba imaginar que pudieron ser las mulatas. Tenía mal sabor de boca y echó de menos no llevar encima uno de esos caramelitos ecológicos que tanto odiaba.

Besó la medalla tamaño polvorón y se prometió guardar el secreto de donde había estado y de lo que había sucedido. No se lo contaría a nadie, ni siquiera a su amigo Falito. ¿Para qué? Y es que Curro pensaba que no había palabras más acertadas que las pronunciadas por Marco Polo en el lecho de su muerte cuando refiriéndose a sus viajes dijo que solo había contado la mitad de lo que había visto, porque si lo contaba todo, no le creerían.

Estaba convencido de que ya no volvería a fumar nunca. Ahora lo único que quería era volver al Sacromonte y dar por finalizada su aventura. En unas horas su niña empezaba a trabajar en el Ayuntamiento.